

EL BAROMETRO*El escritor***JOSE AGUSTIN GOYTISOLO**

Reivindica el escritor el voto en contra de un partido, que es llamado voto del miedo: miedo a que gane un grupo retrógrado, una elección no exenta de ideología

Votar a la contra

NO sé por qué razones se ve muy mal la actitud de la gente que no vota a favor de un partido político o de su líder, sino contra ese partido y contra ese líder. En deportes, boxear a la contra nunca fue criticable: púgiles tan famosos como Ignacio Ara o Pedro Carrasco sacaron mucho partido a su modo de pelear, esperando el cansancio del rival esquivando sus golpes y acumulando puntos para ganar el combate. También en fútbol la Real Sociedad de San Sebastián, bajo las enseñanzas de Benito Díaz, obtuvo éxitos sonados con su cerrojo o WM cubriendo a su portero, para salir al contragolpe. Incluso en el mús se suele jugar a la contra, aguardando los envides a mayor, pequeña, pares y juego o punto, para aceptar sólo la mano que te conviene, sin dejarte arrastrar por los órdaos enloquecidos de las parejas sucesivas que puedas tener enfrente y que, según mi larga experiencia, suelen perder.

• • • • •

Sí, ya sé que el voto a la contra puede ser llamado el voto del miedo, y me parece muy bien. El miedo a que gane las elecciones un partido retrógrado, por ejemplo, es un voto legítimo y no exento de ideología: El miedo a lo que pueda suceder en un futuro próximo, es una ideología como una catedral. Es la ideología de la supervivencia, la que te hace reaccionar oponiéndote a posibles situaciones que aterran: es el voto de los negros surafricanos contra el apartheid, que les dio bastante buen resultado dentro de lo que cabe.

No juzguen mal, pues, a los que votamos a la contra, sin necesidad de recibir consignas ni someternos a consejos o imposiciones ajenas, sean las que fueren. Los de la contra somos gente que recuerda situaciones pasadas, de votaciones unánimes y de resultados inconcebibles, que llegaban a superar el 90% de los votos emitidos. Esto ocurrió aquí, y en Alemania, y en la URSS, y en Italia, y en Argentina.

Los del voto a la contra queremos acertar o equivocarnos solos: somos sectarios individuales, es decir, sin acólitos ni fieles ni entusiastas. No estamos desencantados de nada, porque nunca nada ni nadie nos encantó.

Mi voto a la contra es libre, yo elegí ir contra situaciones conservadoras que me temo no conserven nada. Pero insisto: ustedes hagan lo que les dé la gana con sus papeletas, faltaría más, pero respeten mi voto del miedo, mi voto a la contra, por favor, que no es mucho pedir en una democracia formal como dicen que es la que vivimos.

Cada quien sabe lo que quiere, aunque, a veces, no sepa lo que le conviene. Y es así como ocurren luego los desencantos de los encantados por quién sabrá qué situaciones encantadoras. No creo en las grandes palabras, en las palabras con mayúscula, como Patria, Orden, Honestidad, Unidad de Destino —¡qué vaciedad, Jesús, Dios mío!—, Respeto, Familia —¿qué tipo de Familia, por caridad?—, Tradición y otras lindezas.

Olor a grajo

Normalmente, las personas honorables nunca dicen que lo son, ni acusan a otros de no serlo. Cuando tenemos la posibilidad de dinamitar los Pirineos mentales de esta tierra nuestra, me molestan los agoreros de la catástrofe inminente, de una especie de Diluvio Universal del que sólo nos salvaremos metiéndonos, por parejas del sexo que sea, y hay muchos, en el Arca no de Noé, sino del PP. Sé votar a la contra, y nado muy bien, y no me gusta la promiscuidad que supone meterme en esa Arca, que debe oler a grajo, pues a más de uno que yo me sé le abandonó su desodorante político. Voto a la contra por el bigote, cuya visión no me produce confianza alguna, pues no sé lo que oculta, no sólo la pilosidad super-labial, sino la pilosidad o bigote mental.